

Pero la compañía Beaudoin los había visto y seguía viéndolos. Los chassepots se dispararon por sí solos. Mauricio el primero disparó el suyo. Juan, Pache y Lapouille, todos los demás los imitaron. No se había dado ninguna orden; el capitán quiso mandar alto el fuego y no cedió hasta que Rochas le indicó la conveniencia de tolerar aquel desahogo. ¡Por fin dispararon sus armas, empleando aquellos cartuchos que llevaban encima desde hacía un mes sin quemar uno! Mauricio parecía otro, entretenía su miedo, aturdiéndose con las detonaciones. En el lindero del bosque no se movía ni una hoja, no había vuelto á presentarse ningún prusiano y continuaban tirando sobre los árboles inmóviles.

Después, al alzar la cabeza, Mauricio quedó sorprendido al ver á algunos pasos al coronel Vineuil, sobre su caballo grande, impasibles el hombre y el bruto, como si fueran de piedra. Frente al enemigo, el coronel aguardaba, bajo la lluvia de balas. Todo el regimiento debía haberse replegado allí, otras compañías estaban echadas en los campos cercanos, y el fuego iba aproximándose cada vez más. Y el joven vió también un poco más atrás, la bandera sostenida por el alférez. Pero no era ya aquel fantasma de bandera, anegado en la niebla de la mañana. Bajo el sol ardiente, el águila dorada brillaba, los tres colores de la seda lucían sus notas claras y vivas, á pesar del desgaste glorioso de las batallas. En pleno cielo azul, en medio de los proyectiles, flotaba como una bandera victoriosa.

¿Por qué no habían de vencer, ahora que se batían? Y Mauricio y sus camaradas tiraban rabiosamente, quemaban los cartuchos, fusilaban el leja-

no bosque, donde caía una lluvia lenta y silenciosa de ramitas.

III

Enriqueta no pudo dormir aquella noche. La idea de que su marido se hallaba en Bazeilles, tan cerca de las filas alemanas, la atormentaba. A pesar de que recordaba la promesa que la había hecho de volver al menor peligro, á cada momento prestaba atención creyendo que regresaba. A las diez, cuando iba á acostarse, abrió la ventana y se puso á mirar, pasando allí muchas horas.

La noche era muy oscura y apenas se distinguía abajo, el empedrado de la calle de Voyards, un estrecho callejón oscuro, ahogado entre casas viejas. A lo lejos, hacia el colegio, solo se veía la luz temblona de un farol, y de aquel fondo subía un olor de cueva, el maullido de un gato y los pesados pasos de algún soldado extraviado. En Sedan, que se hallaba á sus espaldas, se oían ruidos y rumores no acostumbrados, galopar de caballos, rodar de carros, ruidos que pasaban como estremecimientos de muerte. Prestaba atención al rumor más leve, su corazón latía con fuerza y seguía sin reconocer el paso de su marido en la esquina de la calle.

Pasaron horas y se estremecía al ver los lejanos resplandores en el campo, por encima de las murallas. La noche estaba tan oscura que trataba de recordar los lugares. Abajo, aquella superficie pálida, eran las praderas inundadas. Entonces ¿qué hoguera era aquella que había visto encenderse y apagarse allá arriba, en la Marfée? Y por todas par-

tes se veían fogatas en Pont-Maugis, en Noyers, en Frenois, hogueras misteriosas que flotaban como por encima de una inmensa multitud, pululando en la sombra. Después, más aún, algunos rumores extraordinarios la estremecían, la marcha de un ejército inmenso, el aliento de los animales, el chocar de las armas, toda una cabalgata en el fondo de aquellas tinieblas de infierno. De pronto se oyó un cañonazo, uno solo, enorme, terrible, en el silencio. La sangre se le heló, ¿qué era aquello? Una señal sin duda, algún movimiento que había terminado felizmente, el anuncio de que estaban preparados allá, y que el sol podía aparecer.

A las dos de la madrugada Enriqueta se echó vestida en la cama, sin cuidarse de cerrar la ventana. El cansancio y la ansiedad la ahogaban ¿Qué ocurría para sentir aquellos escalofríos, ella de ordinario tan tranquila y marchando con paso tan ligero que apenas si se la oía? Y durmió penosamente, alestargada, con la sensación persistente de la desgracia que pasaba en el negro cielo. De nuevo despertó de aquella pesadilla otro cañonazo, varios cañonazos sordos y lejanos que no cesaban. Se sentó en la cama temblorosa. ¿Dónde estaba? No se reconocía, no reconocía el cuarto que parecía haberse llenado de humo. Después comprendió: las nieblas que habían salido del río, habían penetrado en su cuarto. Fuera seguía retumbando el cañoneo. Saltó de la cama y se asomó á la ventana para ver y oír.

Daban las cuatro en un campanario de Sedan. Empezaba el amanecer de un día obscuro y sucio en la bruma rojiza. No se podía ver nada, ni siquiera podía distinguir el edificio del colegio que se en-

contraba á algunos metros de distancia. ¿Desde dónde tiraban? Al pronto se acordó de su hermano, porque los tiros parecían proceder del Norte. Después comprendió que el cañoneo era en Bazeilles y tembló por su marido. Se tranquilizó después de breves momentos, creyendo que los cañonazos partían de la derecha. Tal vez se batiesen en Donchery, donde sabía que no había podido volar el puente. Y después, la más cruel incertidumbre se apoderó de ella, ¿era en Donchery, era en Bazeilles? y le fué completamente imposible darse de ello cuenta exacta, tal era el estrépito que se producía. No pudo seguir aguardando, tenía necesidad de saber algo y salió á la calle.

Al llegar abajo, á la calle des Voyards tuvo un momento de duda, tan oscura le parecía la ciudad todavía, bajo la opaca niebla que la envolvía. La aurora no había penetrado aún en aquellas calles estrechas y lóbregas. En la calle del Beurre, en el fondo de una taberna alumbrada por una vela, vió dos soldados borrachos con una mujer. Tuvo que dar la vuelta y entrar en la calle Maqua para encontrar alguna animación: allí vió algunos soldados que se escondían, acaso algunos cobardes que huían buscando un lugar seguro, vió también un gran cocarero que llamaba á todas las puertas buscando á su capitán: toda una oleada de pacíficos vecinos que, lívidos de miedo, se amontonaban en un carruaje para ver si aún quedaba tiempo para pasar la frontera é ir al pueblo de Bouillon, á donde había ido medio Sedan en los dos últimos días. Se decidió á ir hacia la Sub-prefectura con objeto de que la dieran noticia y se le ocurrió acortar la distancia

por callejuelas, deseando evitar todo encuentro. Pero en la calle del Four y en la de *Laboueurs* no pudo pasar: había allí una fila enorme, sin fin de cañones, de carros, de cajones que se habían colocado allá por falta de sitio más adecuado, ni un soldado guardaba todo aquel armamento. Aquella artillería inútil le dió mucha lástima. Entonces tuvo que volver por la plaza del Colegio; hacia la calle Mayor, donde, delante del hotel de Europa, algunos ordenanzas cuidaban de los caballos aguardando á los oficiales superiores, cuyas voces se oían en el comedor. En la plaza de Rivage y en la de Turenne había aún más gente, grupos inquietos, mujeres y niños, confundidos con los soldados desbandados, que marchaban en todas direcciones, y allí vió que, jurando, de mal humor, un general salía de la *Cruz de Oro*, y le vió galopar, exponiéndose á arrollar á la gente. Durante un momento estuvo á punto de entrar en el Ayuntamiento, después tomó por la calle de Pont-de-Meuse para ir á la Sub-prefectura.

Nunca le había causado Sedan tal impresión; la impresión trágica de una ciudad vista así al amanecer, onvuelta en la niebla. Las casas parecían estar muertas; muchas hacía dos días que estaban abandonadas y vacías; otras estaban herméticamente cerradas; efecto del miedo que sentían sus moradores. Era una mañana fría, con aquellas calles medio desiertas aún, que poblaban algunas sombras, que se marchaban á escape. El día iba avanzando y la ciudad iba á verse atestada, sumergida bajo el desastre. Eran las cinco y media, apenas se oía el cañoneo, cuyo ruido se amortiguaba entre las altas fachadas.

En la subprefectura, Enriqueta conocía á la hija del conserje, Rosa, una rubita muy linda que trabajaba en la fábrica Delaherche. En seguida entró en la portería; la madre no estaba allí, pero Rosa la recibió muy cariñosamente.

—¡Ah! mi querida señora, no podemos tenernos de pie. Mamá ha ido á descansar un poco. ¡Figúrese usted que hemos tenido que estar levantadas toda la noche, con tantas idas y venidas!

Y sin esperar á que la preguntaran, contaba todo lo que había visto, todas las cosas extraordinarias que desde la víspera pasaban ante sus ojos.

—El mariscal ha dormido bien. ¡Pero ese pobre emperador, no puede usted tener una idea de lo que sufre!... Figúrese que ayer tarde subí para ayudar á dar la ropa blanca, y al pasar cerca del cuarto que está al lado del tocador, he oído gemidos, ¡pero qué gemidos! Como si alguien fuese á morir. Y empecé á temblar, con el corazón oprimido, al saber que era el emperador... Parece que sufre una enfermedad que le obliga á gritar así. Cuando hay gente se contiene, pero cuando se queda solo empieza á quejarse, á gritar; es cosa que pone los pelos de punta.

—¿Dónde se baten desde esta mañana? ¿Lo sabe usted?—preguntó Enriqueta tratando de interrumpirla.

Rosa no contestó á la pregunta y continuó su relación.

—Entonces quise saber, he subido cuatro ó cinco veces durante la noche, y he oído pegada al tabique... se quejaba siempre y no ha dejado de gritar en toda la noche, sin poder dormir un momento.

¡Es horrible sufrir tanto, teniendo tantas preocupaciones! ¡Porque hay un desbarajuste tal, que parece que todos se han vuelto locos! Y siempre viene gente nueva, y las puertas no paran, unos se incomodan, otros lloran, y en la casa hay un saqueo completo: los oficiales beben todo el vino, duermen en las camas vestidos; mire usted, el emperador es, después de todo, el más cariñoso, el que ocupa menos sitio; le basta un rincón para quejarse.

Después, como Enriqueta repitiese su pregunta:

—¿Que dónde se batan hoy? En Bazeilles desde esta mañana... Ha venido á decírselo al mariscal un soldado de caballería, y el mariscal ha ido á decírselo al emperador. El mariscal se ha marchado hace unos diez minutos, y el emperador va á ir á buscarle, creo que le están vistiendo allá arriba. Hace un momento he visto que le peinaban y que le pintaban la cara.

Enriqueta, averiguado que hubo lo que le interesaba, se escapó.

—Gracias, Rosa. Tengo mucha prisa.

Rosa lo acompañó hasta la puerta de la calle.

Enriqueta volvió á su casa, calle des Voyards. Estaba en la creencia de que su marido habría vuelto, y aún creía que al no encontrarla en casa debía estar pasando un mal rato. Al acercarse á su casa levantó la cabeza para ver si estaba asomado á la ventana. Pero la ventana, abierta de par en par, estaba vacía, y cuando subió y después de recorrer las habitaciones vió que no había nadie, desfalleció casi. El cañoneo continuaba. Se asomó á la ventana. Ahora, aún cuando la niebla la impedía ver, se daba exacta cuenta de la lucha entablada en Ba-

zeilles, el ruido producido por las ametralladoras, los cañonazos cercanos de las baterías francesas, contestando á los lejanos cañonazos de las baterías alemanas. Hubiérase dicho que los disparos se aproximaban, y que la batalla aumentaba á cada minuto.

¿Por qué no regresaba Weiss? ¡Había prometido tan formalmente volver al primer ataque! Y la zozobra de Enriqueta aumentaba, se figuraba ver cortados los caminos, interceptado el paso, y los proyectiles haciendo peligrosa, ó tal vez imposible la retirada. Acaso había ocurrido alguna desgracia. Quería alejar de sí esa idea, encontrando en la esperanza un firme apoyo. Después hizo el proyecto de ir allá, de ir al encuentro de su marido. Algunas dudas la hicieron detenerse: tal vez se cruzaran en el camino. ¿Qué sucedería si no le encontraba, y qué disgusto para él si al volver á su casa no la encontraba? Además, no se la ocultaba lo arriesgado que era ir á Bazeilles, pero después de todo se encontraba su marido, debía encontrarse ella.

Tuvo una idea, se retiró de la ventana y dijo en voz alta:

—¿Y el señor Delaherche? Voy á ver...

Acababa de acordarse de que el fabricante de paños había pasado la noche en Bazeilles, y que si había vuelto tendría noticias de su marido. Volvió á bajar la escalera muy aprisa, pero en vez de salir á la calle, atravesó el patio de la casa y se metió por el pasillo que conducía á la fábrica, cuya fachada monumental daba á la calle Maqua. Al desembarcar en el antiguo salón central, empedrado ahora y del que solo quedaban unos olmos gigantes, árboles magníficos del siglo pasado, acaba-

bo de ver delante de la puerta cerrada de una cochera, un centinela; luego recordó que la víspera se había depositado allí el tesoro del 7.º cuerpo y aquel oro, aquellos millones, según decían, escondidos allí en una cochera, mientras que los soldados se mataban allá lejos, la causaron mucha impresión. En el momento en que iba á subir por la escalera interior para llegar al cuarto de Gilberta, otra sorpresa la dejó parada, un encuentro tan imprevisto, que volvió á bajar los tres peldaños que había subido, no sabiendo si tendría valor para ir á llamar á aquel cuarto. Un soldado, un capitán, acababa de pasar por delante de ella, muy de prisa, como una aparición que se desvanece en seguida; pero había tenido tiempo de reconocerle, habiéndole visto ya en casa de Gilberta, en Charleville, cuando ésta aún era viuda. Dió algunos pasos en el patio, miró arriba las ventanas del dormitorio, con las persianas cerradas y por fin se decidió á subir.

En el primer piso, quería llamar á la puerta del tocador, como amiga de la niñez, que iba á hablar confidencialmente. Pero aquella puerta mal cerrada en las prisas de la salida, se había quedado abierta. No hizo más que empujarla y se encontró en el gabinete y después en el dormitorio. Era una habitación de techo muy alto, desde donde caían anchas cortinones de terciopelo rojo que volvían la cama entera. Y no se oía el más leve rumor, el silencio de una noche feliz, la respiración tranquila, un vago perfume de lilas.

—¡Gilberta!—dijo suavemente Enriqueta.

La joven se había vuelto á dormir y con la débil luz que entraba por la ventana, entre los cortinones

rojos, tenía su linda cabeza redonda sobre la almohada, apoyada en un brazo desnudo, en medio de su admirable cabellera negra deshecha.

—¡Gilberta!

Se movió, se estiró para abrir los párpados.

—Sí, adiós... ¡oh! se lo ruego...

Después, levantando la cabeza y reconociendo á Enriqueta:

—¡Calla! eres tú.. ¿qué hora es?

Cuando supo que eran las seis, sintió cierto mal-estar, tratando de reirse para ocultarla algo, diciendo que aquella no era hora para ir á despertar la gente. Después, á la primera pregunta sobre su marido, dijo:

—Pero si no ha vuelto, no volverá hasta las nueve, creo... ¿Para qué. quieres que vuelva tan pronto?

Enriqueta al verla tan despreocupada, medio alestargada por el sueño, tuvo que insistir.

—¡Es que se están batiendo en Bazeilles, desde el amanecer, y como estoy muy intranquila por mi marido!...

—¡Oh! querida mía, no tienes motivo para estarlo. Mi marido es tan prudente que de seguro estaría aquí si hubiese habido el menor peligro. ¡Mientras no le veas, no tengas cuidado!

Esa reflexión chocó mucho á Enriqueta. En efecto, Delaherche no era hombre capaz de exponerse inútilmente. Se tranquilizó, fué á correr las cortinas y abrir las persianas y en el cuarto penetró la luz rojiza del cielo, donde el sol empezaba á dorar la niebla. Una de las ventanas se quedó entreabierta y ahora se oía el cañoneo, en aquella habitación

bo de ver delante de la puerta cerrada de una cochera, un centinela; luego recordó que la víspera se había depositado allí el tesoro del 7.º cuerpo y aquel oro, aquellos millones, según decían, escondidos allí en una cochera, mientras que los soldados se mataban allá lejos, la causaron mucha impresión. En el momento en que iba á subir por la escalera interior para llegar al cuarto de Gilberta, otra sorpresa la dejó parada, un encuentro tan imprevisto, que volvió á bajar los tres peldaños que había subido, no sabiendo si tendría valor para ir á llamar á aquel cuarto. Un soldado, un capitán, acababa de pasar por delante de ella, muy de prisa, como una aparición que se desvanece en seguida; pero había tenido tiempo de reconocerle, habiéndole visto ya en casa de Gilberta, en Charleville, cuando ésta aún era viuda. Dió algunos pasos en el patio, miró arriba las ventanas del dormitorio, con las persianas cerradas y por fin se decidió á subir.

En el primer piso, quería llamar á la puerta del tocador, como amiga de la niñez, que iba á hablar confidencialmente. Pero aquella puerta mal cerrada en las prisas de la salida, se había quedado abierta. No hizo más que empujarla y se encontró en el gabinete y después en el dormitorio. Era una habitación de techo muy alto, desde donde caían anchas cortinones de terciopelo rojo que volvían la cama entera. Y no se oía el más leve rumor, el silencio de una noche feliz, la respiración tranquila, un vago perfume de lilas.

—¡Gilberta!—dijo suavemente Enriqueta.

La joven se había vuelto á dormir y con la débil luz que entraba por la ventana, entre los cortinones

rojos, tenía su linda cabeza redonda sobre la almohada, apoyada en un brazo desnudo, en medio de su admirable cabellera negra deshecha.

—¡Gilberta!

Se movió, se estiró para abrir los párpados.

—Sí, adiós... ¡oh! se lo ruego...

Después, levantando la cabeza y reconociendo á Enriqueta:

—¡Calla! eres tú.. ¿qué hora es?

Cuando supo que eran las seis, sintió cierto mal-estar, tratando de reirse para ocultarla algo, diciendo que aquella no era hora para ir á despertar la gente. Después, á la primera pregunta sobre su marido, dijo:

—Pero si no ha vuelto, no volverá hasta las nueve, creo... ¿Para qué. quieres que vuelva tan pronto?

Enriqueta al verla tan despreocupada, medio alestargada por el sueño, tuvo que insistir.

—¡Es que se están batiendo en Bazeilles, desde el amanecer, y como estoy muy intranquila por mi marido!...

—¡Oh! querida mía, no tienes motivo para estarlo. Mi marido es tan prudente que de seguro estaría aquí si hubiese habido el menor peligro. ¡Mientras no le veas, no tengas cuidado!

Esa reflexión chocó mucho á Enriqueta. En efecto, Delaherche no era hombre capaz de exponerse inútilmente. Se tranquilizó, fué á correr las cortinas y abrir las persianas y en el cuarto penetró la luz rojiza del cielo, donde el sol empezaba á dorar la niebla. Una de las ventanas se quedó entreabierta y ahora se oía el cañoneo, en aquella habitación

templadita, tan cerrada y tan ahogada hacia un momento.

Gilberta, medio levantada, apoyado el codo en la almohada, miraba el cielo con sus lindos ojos.

—Se están batiendo,—murmuró muy bajo.

Su camisa se había bajado bastante, uno de sus hombros estaba desnudo, dejando ver la carne sonrosada y fina, bajo las trenzas de pelo negro, mientras que un olor de amor se exhalaba del despertar aquel.

—¡Se baten tan de mañana, Dios mío! ¡qué ridículo es batirse!

Las miradas de Enriqueta se fijaron en aquel momento sobre un par de guantes de ordenanza, guantes olvidados sobre un almohadón, y no pudo contener un movimiento de sorpresa. Gilberta se avergonzó, la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. Después, ocultando la cara contra su hombro:

—Sí, he comprendido que lo adivinabas, que le habías visto... Querida mía, no me juzgues muy severamente... Es un amigo antiguo, te declaré mi debilidad en Charleville, ¿no lo recuerdas?...

Bajó la voz y continuó muy enternecida:

—Ayer, me rogó tanto, cuando hablamos... Figúrate que se baten hoy, que tal vez muera... ¿Podía negarme?

Y aquello era heroico y encantador, ese último obsequio, aquella noche feliz en la víspera de una batalla. Se sonreía á pesar de su turbación, con su atolondramiento de pájaro. Nunca hubiera podido negarse ya que todas las circunstancias favorecían la cita.

—¿No me perdonas?

Enriqueta la había escuchado, muy seria. Esas cosas la sorprendían porque no las conocía. Ella era muy distinta. Desde por la mañana sólo se acordaba de su marido, de su hermano, expuestos al peligro. ¿Cómo podía dormir tan tranquilamente, estar tan alegre, cuando los seres amados estaban en peligro?

—¿Pero tu marido, y ese muchacho mismo, no te apena no estar con ellos?... No piensas que te los pueden traer de un momento á otro, heridos, tal vez muertos.

Gilberta hizo un gesto como para alejar la horrible visión.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que dices? Qué mala eres en echarme á perder así la mañana. ¡No, no quiero pensar en ello, es demasiado triste!

Y á pesar de todo, Enriqueta se sonrió. Recordaba su niñez; cuando el padre de Gilberta, el comandante Vineuil, nombrado director de Aduanas en Charleville, á consecuencia de las heridas recibidas, había enviado á su hija á una casería, cerca del Chene Populeux, preocupado de oír la toser, temiendo ocurriera con la hija lo que le había pasado con la madre, que acababa de morir, joven aún, tísica. La niña no tenía más que nueve años y ya era muy coqueta, representaba comedias y quería desempeñar siempre el papel de reina, envuelta en los trapos que encontraba, guardando el papel de estaño que envolvía el chocolate para hacerse coronas y pulseras. Más tarde continuó siendo la misma. A los veinte años se casó con el inspector de bosques, Maginot. Mezieres, encerrado entre sus mnrallas, no le gustaba y continuaba viviendo en

Charleville, donde gozaba de mucha libertad y donde había muchas fiestas. Su padre había muerto, y se quedó con un marido muy cómodo, cuya nulidad le ahorraba remordimientos. La maledicencia del pueblo la señalaba muchos amantes y en realidad sólo había olvidado sus deberes con el capitán Beaudoin, á pesar de vivir rodeada de uniformes, á consecuencia de las antiguas relaciones de su padre y de su parentesco con el coronel Vineuil, y se comprendía quo al elegir un amante, había cedido al irresistible deseo de parecer hermosa y de estar alegre.

—Has hecho muy mal en reanudar esas relaciones,—dijo Enriqueta muy seria.

Pero Gilberta la cerraba la boca acariciándola.

—Querida mía, puesto que no podía negarme y que era por una sola vez... Ahora ya lo sabes; prefiero morir á faltar de nuevo á mi marido.

Ni una ni otra se hablaron más, abrazadas cariñosamente, tan distintas como eran. Oían latir sus corazones y hubieran podido comprender cuán distinto era su lenguaje, una, todo alegría, gastándose, dividiéndose, la otra, encerrada en una abnegación heroica, con el heroísmo de las almas fuertes.

—¡Es verdad que se baten! —acabó por decir Gilberta.—Tengo que vestirme en seguida.

Desde que reinaba el silencio, el ruido de los disparos parecía haber aumentado. Saltó de la cama y sin querer llamar á su doncella, se calzó, se puso un vestido para poder recibir y bajar en cuanto fuera preciso. Al terminar de peinarse, llamaron á la puerta y fué á abrir, pues había reconocido la voz de la anciana señora Delaherche.

—Puede usted entrar, querida mamá.

Con su habitual ligereza, la introdujo sin notar que los guantes de ordenanza se habían quedado sobre el almohadón. Enriqueta se precipitó para cogerlos y tirarlos detrás de una butáca. La señora Delaherche debía haberlos visto, porque durante unos momentos estuvo muy sofocada, como si no pudiese respirar. Miró alrededor del cuarto y se fijó en la cama que había quedado sin hacer.

—Entonces,—dijo,—es la señora Weiss, que ha subido á despertarla... ¿Habéis podido dormir, hija mía?...

No había ido para hablar de esas cosas. ¡Ah! Ese matrimonio que su hijo se había empeñado realizar sin su consentimiento, á los cincuenta años, después de veinte años de vida con una mujer fría y triste, él, tan razonable hasta entonces, arrastrado por una pasión incomprensible á su edad, por aquella linda viudita, tan ligera y tan alegre! ¡Se había propuesto vigilar el presente y á pesar suyo el pasado volvía! ¿Debía hablar? Sólo vivía en la casa como una protesta muda, siempre encerrada en su cuarto, muy devota y muy rígida. Esta vez la ofensa había sido tan grande que se decidió á hablar á su hijo.

Gilberta, avergonzada, contestaba:

—Sí, he podido dormir algunas horas... Ya sabrá usted que Julio no ha vuelto...

La señora Delaherche la interrumpió. Desde que había empezado el cañoneo estaba muy intranquila aguardando el regreso de su hijo. Pero era una madre heroica, y, se acordó del motivo por el cual había subido.

—Vuestro tío, el coronel, nos envía al médico mayor, señor Bouroche, con una esquila escrita con lápiz, para decirnos si no podríamos dejar instalar aquí una ambulancia... Sabe que tenemos sitio de sobra, en la fábrica, y he puesto el patio á su disposición, y también el secadero... pero debe usted bajar.

—¡Ah! ¡en seguida, en seguida!—dijo Enriqueta. —Vamos á ayudarles un poco.

Gilberta se prestó de muy buena gana á desempeñar el papel de enfermera. Se arregló un poco el pelo y las tres mujeres bajaron. Al llegar á la puerta de la calle, bajo el porche, vieron mucha gente reunida delante de la puerta. Un carruaje pequeño llegaba, lentamente, arrastrado por un caballo que guiaba un teniente de zuavos. Creyeron que era algún herido.

—¡Sí, sí! es aquí. ¡Entren ustedes!

Las desengañaron. El herido que se encontraba en el fondo del carruaje, era el mariscal Mac Mahon, herido en la nalga izquierda, á quien llevaban á la subprefectura, después de haberle hecho la primera cura en la casita de un jardinero. Estaba con la cabeza descubierta, medio desnudo, con los bordados de oro de su uniforme manchados de polvo y de sangre. Sin hablar había levantado la cabeza y miraba con los ojos extraviados. Después, al ver las tres señoras, sobrecogidas y con las manos juntas ante aquella gran desgracia que pasaba, el ejército entero herido en su jefe, con las primeras granadas, inclinó un poco la cabeza y sonrióse cariñosamente. Alrededor suyo se habían descubierto algunos curiosos. Otros contaban ya que el

general Ducrot había sido nombrado general en jefe. Eran las siete y media.

—¿Y el emperador?—preguntó Enriqueta á un librero que se encontraba delante de su puerta.

—Hace una hora que se ha marchado,—contestó el vecino.—Le he acompañado y le he visto salir por la puerta de Balan... Dicen que una granada le ha roto la cabeza.

Pero el tendero de enfrente se incomodaba.

—Calle usted, esas son mentiras. ¡Sólo los buenos perderán la vida!

Hacia la plaza del Colegio, el carruaje que llevaba al mariscal se perdía de vista entre el gentío que iba aumentando y entre el cual circulaban las más estupendas noticias, sobre el campo de batalla. Pero una voz fuerte gritó:

—¡Señoras, no es ahí fuera, es aquí donde hacen ustedes falta!

Entraron las tres y se encontraron delante del médico Bouroche, quien se había quitado el uniforme para ponerse un delantal blanco. Su enorme cabeza con el pelo encrespado y su cara de león le daban un aspecto imponente en aquellos momentos, en que se aparecía con aquel delantal blanco y sin manchas aún. Su aspecto las impuso tanto, que desde el primer momento quedaron dominadas, no sabiendo qué hacer para complacerle.

—No tenemos nada... Dénme ustedes trapos, procuren ustedes encontrar colchones, enseñen ustedes á mis hombres donde está la fuente.

Corrieron, se multiplicaron y se convirtieron en criadas sumisas y obedientes.

La fábrica reunía excelentes condiciones para ambulancia. Estaba allí el secadero, que era un salón inmenso, cerrado con cristales, donde podían instalarse cómodamente unas cien camas y al lado se hallaba un cobertizo, donde podrían hacer con mucha comodidad todas las operaciones: habían llevado allí una mesa larga y la fuente se hallaba muy cerca. Los heridos leves podrían aguardar allí con cierta comodidad, sentados sobre la yerba del jardín. El sitio era muy agradable, con aquellos hermosos olmos seculares, cuya sombra lo amparaba todo.

Bouroche había preferido instalarse en seguida en Sedán, previendo la matanza, el enorme empuje que iba á echar allí las tropas. Acababa de dejar cerca del 7.º cuerpo, detrás de Floing, dos ambulancias volantes para las primeras curas, las que debían enviarle los heridos. Todas las escuadras de camilleros estaban encargadas de recoger á los heridos bajo el fuego, teniendo allí el material de coches y furgones. Y Bourouche, exceptuando á dos de sus ayudantes, que se habían quedado en el campo de batalla, se había llevado consigo todo el personal, dos médicos de segunda y tres practicantes, los que bastarían para las operaciones. Tenía además á sus órdenes tres farmacéuticos y doce sanitarios.

Pero seguía incomodado, según su costumbre, no pudiendo hacer nada sin acalorarse.

—¿Qué demonio hacen ustedes? ¡Pongan ustedes bien esos colchones!... Habrá que echar paja en aquel rincón, si es preciso.

El cañoneo continuaba, y sabía que de un mo-

mento á otro tendrían mucho que hacer, que llegarían coches cargados de carne sangrando, y metía prisa para que quedara pronta la sala grande, vacía aun. Después, bajo el cobertizo se hicieron otros preparativos; las cajas para las curas y las de farmacia, colocadas en orden, destapadas, paquetes de hilas, de vendas, de trapos, de aparatos para fracturas; mientras que del otro lado, junto á un envase que contenía cerato y un frasco de cloroformo, se veían las bolsas de cirugía, el acero claro de los instrumentos, las sondas, las pinzas, los cuchillos, las tijeras, las sierras, un arsenal completo, todas las formas agudas y cortantes de lo que escudriña, corta, rasga y derriba. Faltaban las joyas.

—Ustedes tendrán tarros, botes, cubos, marmitas, cualquier cosa parecida... No vamos á nadar en sangre... ¡Y esponjas, búsqúenme esponjas, á escape!

La señora Delaherche atendía á todo; volvió seguida de tres criadas, cargadas con toda clase de tarros que había encontrado. De pie delante de las bolsas de cirugía, Enriqueta había llamado á Gilberta, enseñándoselas, estremecida. Las dos se cogieron de la mano, se quedaron calladas, unidas, estremecidas de terror, dejando ver en su cara la emoción que las embargaba, la piedad infinita que sentían, y que las trastornaba.

—¡Y decir que le pueden cortar á una cualquier cosa!

—¡Pobres gentes!

Sobre la mesa larga, Bourouche había hecho colocar un colchón, que cubría con un hule, cuando